

## COMENTARIO TEXTO NADA. CARMEN LAFORET

Ante la puerta del piso me acometió un súbito temor de despertar a aquellas personas desconocidas que eran para mí, al fin y al cabo, mis parientes y estuve un rato titubeando antes de iniciar una tímida llamada a la que nadie contestó. Se empezaron a apretar los latidos de mi corazón y oprimí de nuevo el timbre. Oí una voz temblona:

“¡Ya va! ¡Ya va!”

Unos pies arrastrándose y unas manos torpes descorriendo cerrojos.

Luego me pareció todo una pesadilla.

Lo que estaba delante de mí era un recibidor alumbrado por la única y débil bombilla que quedaba sujeta a uno de los brazos de la lámpara, magnífica y sucia de telarañas, que colgaba del techo. Un fondo oscuro de muebles colocados unos sobre otros como en las mudanzas. Y en primer término la mancha blanquinegra de una viejecilla decrepita, en camisón, con una toquilla echada sobre los hombros. Quise pensar que me había equivocado de piso, pero aquella infeliz viejecilla conservaba una sonrisa de bondad tan dulce, que tuve la seguridad de que era mi abuela.

-¿Eres tú, Gloria? –dijo cuchicheando.

Yo negué con la cabeza, incapaz de hablar, pero ella no podía verme en la sombra.

-Pasa, pasa, hija mía. ¿Qué haces ahí? ¡Por Dios! ¡Que no se dé cuenta Angustias de que vuelves a estas horas!

Intrigada, arrastré la maleta y cerré la puerta detrás de mí. Entonces la pobre vieja empezó a balbucear algo, desconcertada.

-¿No me conoces, abuela? Soy Andrea.

-¿Andrea?

Vacilaba. Hacía esfuerzos por recordar. Aquello era lastimoso.

-Sí, querida, tu nieta... no pude llegar esta mañana como había escrito.

La anciana seguía sin comprender gran cosa, cuando de una de las puertas del recibidor salió en pijama un tipo descarnado y alto que se hizo cargo de la situación. Era uno de mis tíos, Juan. Tenía la cara llena de concavidades, como una calavera a la luz de la única bombilla de la lámpara.

En cuanto él me dio unos golpecitos en el hombro y me llamó sobrina, la abuelita me echó los brazos al cuello con los ojos claros llenos de lágrimas y dijo “pobrecita” muchas veces...

En toda aquella escena había algo angustioso, y en el piso un calor sofocante como si el aire estuviera estancado y podrido. Al levantar los ojos vi que habían aparecido varias mujeres fantasmales. Casi sentí erizarse mi piel al vislumbrar a una de ellas, vestida con un traje negro que tenía trazas de camisón de dormir. Todo en aquella mujer parecía horrible y desastrado, hasta la verdosa dentadura que me sonreía. La seguía un perro, que bostezaba ruidosamente, negro también el animal, como una prolongación de su luto. Luego me dijeron que era la criada, pero nunca otra criatura me ha producido impresión más desagradable.

Detrás de tío Juan había aparecido otra mujer flaca y joven con los cabellos revueltos, rojizos, sobre la aguda cara blanca y una languidez de sábana colgada, que aumentaba la penosa sensación del conjunto.

Yo estaba aún, sintiendo la cabeza de la abuela sobre mi hombro, apretada por su abrazo y todas aquellas figuras me parecían igualmente alargadas y sombrías. Alargadas, quietas y tristes, como luces de un velatorio de pueblo.

-Bueno, ya está bien, mamá, ya está bien –dijo una voz seca y como resentida.

Entonces supe que aún había otra mujer a mi espalda. Sentí una mano sobre mi hombro y otra en mi barbilla. Yo soy alta, pero mi tía Angustias lo era más y me obligó a mirarla así. Ella manifestó cierto desprecio en su gesto. Tenía los cabellos entrecanos que le bajaban a los hombros y cierta belleza en su cara oscura y estrecha.

-¡Vaya un plantón que me hiciste dar esta mañana, hija!...¿Cómo me podía yo imaginar que ibas a llegar de madrugada?

Había soltado mi barbilla y estaba delante de mí con toda la altura de su camisón blanco y de su bata azul.

-Señor, Señor, ¡qué trastorno! Una criatura así, sola...

Oí gruñir a Juan.

-¡Ya está la bruja de Angustias estropeándolo todo!

Angustias aparentó no oírlo.

-Bueno, tú estarás cansada. Antonia –ahora se dirigía a la mujer enfundada de negro-, tiene usted que preparar una cama para la señorita.

Yo estaba cansada, y además, en aquel momento, me sentía espantosamente sucia. Aquellas gentes moviéndose o mirándome en un ambiente que la aglomeración de cosas ensombrecía, parecían haberme cargado con todo el calor y el hollín del viaje, del que antes me había olvidado. Además deseaba angustiosamente respirar un soplo de aire puro.

Observé que la mujer desgreñada me miraba sonriendo, abobada por el sueño, y miraba también mi maleta con la misma sonrisa. Me obligó a volver la vista en aquella dirección y mi compañera de viaje me pareció un poco conmovida en su desamparo de pueblerina. Pardusca, amarrada con cuerdas, siendo, a mi lado, el centro de aquella extraña reunión.

Juan se acercó a mí:

-¿No conoces a mi mujer, Andrea?

Y empujó por los hombros a la mujer despeinada.

-Me llamo Gloria –dijo ella.

*Nada*, Carmen Laforet (1944)

“Un artista es un prisionero de su misma necesidad de comunicarse”

“Todo aquello que un novelista vive o siente, servirá de combustible para la hoguera insaciable que es su mundo de ficción”

## **Contexto histórico-cultural de *Nada*** (ver Introducción a *Nada*)

### **Introducción a la autora y al libro *Nada***

Carmen Laforet nació en 1921 en Barcelona. Poco después, su familia se trasladó a Las Palmas de Gran Canaria. De adolescente, sufrió la pérdida de su madre y, recién terminada la guerra civil española, decide volver a Barcelona para estudiar Filosofía y Letras. Allí se hospeda en casa de su abuela. Pronto se despierta su vocación literaria y publica unos cuentos en un semanario de Santander, "Mujeres". Después se traslada a Madrid, se matricula en la facultad de Derecho y continúa con su dedicación a la literatura.

En enero de 1944 comienza la redacción de *Nada*, que dedica a su amiga polaca Linka, a quien conoció en Barcelona. Será ella quien le presente al periodista y editor Manuel Cerezales, que la anima a presentarse a la primera convocatoria del premio Eugenio Nadal, fallado en enero de 1945. La obra resultará ganadora. El reconocimiento de los valores del libro fue inmediato, y tendrá sucesivas ediciones durante 1945. En 1948 se le concederá otro premio, el Fastenrath de la Real Academia Española.

Tras casarse con Manuel Cerezales, consagra su vida a la familia. Dos de sus hijos serán escritores. En los años 50 publica *La isla y los demonios* (1952), donde evoca los años de su infancia y adolescencia en Canarias, y tres años después, *La mujer nueva*, ganadora de importantes premios, como en Nacional de Literatura.

En la década de los 60 publica *La insolación*, prevista como primera entrega de una trilogía titulada *Tres pasos fuera del tiempo*. En esos mismos años viaja a EEUU y escribe un libro de viajes, *Paralelo 35*.

En los 70 publicó una recopilación de cuentos, *La niña y otros relatos*, y también comienza su decadencia personal y profesional. Tras una estancia en Italia, se instala en Santander y apenas participa en la vida cultural del país.

Falleció, derrotada por el Alzheimer, el 28 de febrero de 2004.

### **Análisis del contenido: Localización, argumento, estructura y temas**

En cuanto a la **localización**, el fragmento se sitúa al principio de la novela, concretamente en el primer capítulo, cuando Andrea llega a la casa familiar de la calle Aribau. Antes del fragmento Andrea acaba de llegar a medianoche a Barcelona, es la primera vez que viaja sola y se muestra expectante y gratamente impresionada por el espectáculo nocturno de la ciudad. Califica de "maravilla" sus sensaciones ante las luces, el olor del mar y la gente. Tras coger un taxi, llega a la casa, y aquí, como vemos en el fragmento, esas impresiones cargadas de belleza se transforman y la introducen de manera repentina en la sórdida realidad de la casa. Después de este fragmento Andrea continúa sus desagradables impresiones, se ducha (para purificarse y librarse del ambiente que la rodea) y empieza a introducirse en un mundo de alucinación y pesadilla, con la que acaba este primer capítulo.

En el texto propuesto para el comentario se describen por lo tanto las primeras impresiones de Andrea ante el ambiente y los moradores de esa "casa de brujas", como la calificará posteriormente. En efecto, la oración "me pareció todo una pesadilla" resume a la perfección la impresión que provoca en Andrea el ambiente y los habitantes de la calle Aribau, que van apareciendo como si de espectros se tratase: primero la abuelita, que no la reconoce, a continuación el extraño tío Juan, después las "mujeres fantasmales": la inquietante criada, la tía Angustias y Gloria, la mujer de Juan. La presentación de los personajes alterna con las impresiones que todos ellos provocan en Gloria.

Por lo que se refiere a la **estructura interna** o división en partes del fragmento, en las primeras líneas Andrea siente temor antes de entrar en la casa (en las cinco primeras líneas), que se confirma con la oración ya mencionada “Luego me pareció todo una pesadilla”. A partir de ese momento se van especificando los rasgos y seres que pueblan ese mal sueño. En un primer momento se muestran las sensaciones de Andrea ante la casa (líneas 9-15), todas ellas negativas. Posteriormente se produce el diálogo con su abuela, que al principio la confunde con Gloria (líneas 16-25).

Luego viene la aparición de Juan, que impresiona a Andrea (líneas 26-32), y de las mujeres fantasmales, entre las que destaca la siniestra criada (líneas 33-40) seguida de Angustias (líneas 48-60) y de Gloria, (líneas 68-final). Todos los personajes provocan en la protagonista un aire de alucinación y pesadilla en el que se sumerge al entrar en la casa, como se advierte en los párrafos descriptivos en los que la protagonista refleja su estado de ánimo y su desagrado ante lo que ve.

El fragmento se incluye dentro de la primera parte de la novela (que está formado por los nueve primeros capítulos), que abarca de octubre a febrero y en la que se narra la llegada de Andrea a Barcelona y su ingreso en el “ambiente endiablado” de la calle Aribau, y se cierra con la marcha de su tía Angustias a un convento. En esta primera parte Andrea lucha por alcanzar su independencia frente a la dominación que sobre ella ejerce en estos capítulos iniciales la tía Angustias.

A continuación explicaremos los **temas**. En el fragmento se advierte ya el tono pesimista y sombrío que domina en la casa de la calle Aribau como metáfora del desolado mundo de la posguerra española. Así, Andrea percibe nada más entrar la pobreza (sólo había una bombilla que ilumina mal), la suciedad (la lámpara) y la degradación general de los personajes como consecuencia de la necesidad.

*Nada* narra un fragmento vital de corte existencialista, es el despertar de Andrea a la madurez, a un mundo sórdido y en ocasiones brutal, y en este sentido es ésta la primera vez en la obra que la protagonista siente que se enfrenta a un ambiente hostil que la llevará a la alucinación y la pesadilla.

En ese viaje iniciático Andrea se acerca por primera vez a la “nada”, a ese “anegarse en la nada” tan reiterado a lo largo de la novela y que encabeza también el poema de Juan Ramón Jiménez, que capta a la perfección el ambiente descrito en este fragmento: “una rara luz, un contacto que desgana...”. En esa inmersión en la nada encontrará Andrea, paradójicamente, su auténtico mundo, al interiorizar todas las experiencias y enfrentarse desde su “vacío” al mundo que la rodea.

Aunque no aparecen en el fragmento, también podemos citar otros temas, como la falta de libertades, especialmente para la mujer (en este texto ya se sugiere la dominación que Juan ejerce sobre su esposa), la superficialidad de una religión no auténticamente vivida, sino sentida como un rito vacío de contenido, la amistad de Andrea hacia Ena y el fracaso de sus relaciones amorosas.

## **Personajes**

*Nada* gira en torno a la experiencia personal de su protagonista, Andrea, como queda reflejado en este fragmento. A menudo se ha señalado que la novela es una autobiografía de Carmen Laforet. En efecto, existen coincidencias entre Andrea y la escritora: la edad de ambas son similares, ambas han viajado hasta Barcelona para estudiar Letras, se alojan en la casa familiar de la calle Aribau y al final se marchan a

Madrid. No obstante, la autora reiteró en diferentes ocasiones que no trasladó a la novela su experiencia barcelonesa.

Independientemente de que pueda ser considerada o no una autobiografía, y si nos ceñimos al fragmento que nos ocupa, destacaremos que es la primera vez que Andrea se enfrenta a la casa de la calle Aribau y sus habitantes. *Nada* es una novela de búsqueda de la identidad de una adolescente que se abre camino hacia el mundo adulto, y necesita reconocerse ante la sociedad que la rodea y ante ella misma. De ahí que este primer encuentro con la casa representa para ella una experiencia cercana a una pesadilla, a al que intentará escapar una y otra vez.

En estos primeros capítulos de la novela Andrea se muestra como una observadora de todo lo que sucede a su alrededor, es ella quien va configurando los espacios y personajes de la novela. Como advertimos en los pasajes del fragmento, posee una extremada sensibilidad e ingenuidad y es muy impresionable, como destaca en sus expresiones valorativas (“espantosamente sucia”), en el tono hiperbólico que utiliza para describir la casa (“calor sofocante”) y en las caricaturas de los personajes (“todo en aquella mujer parecía horrible”).

Es Andrea quien, como narradora, nos ofrece la visión subjetiva del interior de la casa y se va afirmando, como dice la novelista Carmen Martín Gaité, como chica rara, infrecuente, hermética. A lo largo de la novela se irá completando su evolución personal hasta su marcha de Barcelona.

Además de Andrea, en el fragmento aparecen otros personajes, la mayoría femeninos, puesto que en general en la obra las mujeres tienen mucho más protagonismo que los hombres. Así, tenemos a la abuela de Andrea, que despierta en la protagonista una gran ternura (se dirige a ella con diminutivos y en un tono afectivo, “aquella infeliz viejecilla conservaba una sonrisa de bondad tan dulce que tuve la seguridad de que era mi abuela”).

Junto a ella, podemos citar a la criada, que aparece con el perro (es frecuente en la novela la animalización de los personajes o la identificación entre humanos y animales), es un personaje oscuro y de instintos primarios, como se demostrará posteriormente en la obra. A Andrea le provoca una desagradable sensación (“horrible y desastrado, verdosa dentadura”) y la identifica con el color negro.

Angustias es otro de los personajes femeninos de la casa de la calle Aribau. En este fragmento ya se apuntan algunos de sus rasgos, sobre todo la superioridad con la que mira a Andrea y la dominación que ejercerá sobre su sobrina (aquí se sugiere mediante su “altura”). También se ve su rígida moral (“una criatura así, sola...”) y la falsedad con la que vive la religión (“señor, señor...”).

El último personaje femenino del fragmento es Gloria, la mujer de Juan, descrita por Andrea como “flaca, joven y lánguida”. En este fragmento es la única, junto con la abuelita, que le provoca una buena sensación a la protagonista (“me pareció un poco conmovedora en su desamparo”). También alude a que está prisionera de su marido (“amarrada con cuerdas”). Este personaje tendrá una gran importancia a medida que se desarrolla la obra.

Frente a estos personajes de la casa, en la novela aparecen los caracteres femeninos asociados al exterior y a la Universidad, sobre todo Ena y su madre.

De los personajes masculinos, mucho más desdibujados en la novela si exceptuamos a Román, citaremos en el fragmento a Juan, que le parece una calavera a la protagonista por su cara llena de concavidades. A través de esta descripción ya se sugiere el carácter del personaje, enloquecido y brutal como consecuencia de la guerra y la traición de su hermano. Su carácter violento con Gloria se apunta hacia el final del texto (“empujó por los hombros a la mujer despeinada”).

En definitiva, los personajes de la casa recuerdan a fantasmas, “figuras tristes” que se asocian a la muerte (como luces de un velatorio) y a la inmovilidad (“quietas”).

Aunque no aparecen en el texto, destacaremos por su importancia al diabólico Román, que domina la casa con su encanto maléfico, y a otros personajes de menor relevancia, como el novio de Ena, Jaime, o los acompañantes de Andrea, Gerardo y Pons, este último vinculado a un grupo de jóvenes bohemios.

## **Técnicas narrativas**

### **Espacio y tiempo**

En el fragmento aparece uno de los dos grandes espacios de la novela, el piso de la calle Aribau que representa la represión y la falta de libertades. El miedo de Andrea a entrar en esa casa se confirma poco después. La casa familiar es la decadencia moral, física y económica. Destaca su escasa iluminación, el desorden, el ambiente “angustioso” que oprime a Andrea, la aglomeración de objetos, allí el ambiente está “estancado y podrido”. En efecto, el piso simboliza el pasado, actúa a modo de prisión, y sus habitantes están sumidos en la ruina económica y la degradación. No es de extrañar que la joven e impresionable Andrea sienta este espacio como una pesadilla y desee respirar un “soplo de aire puro”.

El piso recuerda a una “casa de brujas” y al ambiente gótico de algunos relatos de Edgar Allan Poe (por ejemplo, *La caída de la casa Usher*) o la mansión de *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë, espacios subjetivos que esconden secretos terribles.

Por lo que se refiere al tiempo externo del relato, la novela se desarrolla en la inmediata posguerra, y en efecto, se muestran los efectos devastadores de la guerra sobre la casa y sus habitantes. La acción comienza en otoño y al final también termina en otoño.

En el fragmento se observa una narración lineal, sin saltos en el tiempo, aunque en ocasiones la narradora recuerda el pasado.

### **Género, narrador, descripciones, diálogos**

La novela contiene elementos del relato autobiográfico, a pesar de que Carmen Laforet negara que fuera una autobiografía. Así, el uso de la primera persona, y también las coincidencias entre Andrea y la escritora (la edad de ambas es similar, las dos han viajado a Barcelona para estudiar Letras, se alojan en la calle Aribau y al final se marchan a Madrid).

Como observamos en el fragmento, Andrea es la narradora, y por ello su perspectiva es subjetiva, omite detalles y selecciona los aspectos de la realidad que le interesan o que quiere destacar. En este caso el lector percibe la angustia y opresión que siente la protagonista a través de sus valoraciones subjetivas y personales de la casa (“fondo oscuro de muebles”, “calor sofocante, aire estancado y podrido”).

En el texto alternan la descripción y el diálogo. Éste último se utiliza para presentar a los personajes. En los párrafos descriptivos la narradora muestra su desagradable impresión de la casa. Estas descripciones parecen propias de los relatos góticos y se crea una atmósfera cerrada a los cuentos de terror (“en aquella escena había algo angustioso”, “casi sentí erizarse la piel”).

Finalmente, hemos de destacar que el fragmento se asemeja a las técnicas cinematográficas en la presentación de los ambientes, desde los planos de detalle

(“unos pies... unas manos”) hasta los primeros planos en los rostros de los personajes o bien los planos generales para describir el conjunto de la escena. Asimismo, en ocasiones los personajes observan a Andrea “desde arriba”, como si fuera un picado en el cine, como sucede con Angustias.

### **ESTILO**

El fragmento muestra un estilo expresionista pues refleja una estancia estancada, sin aire y sucia mediante trazos que el lector recompone con su mirada. La subjetividad y el reflejo de las sensaciones de Andrea se manifiestan en la presencia de verbos de duda, percepción y reflexión (“me pareció”, “me sentía”).

También aparece el expresionismo, muy acusado en el fragmento por la deformación a la que somete la narradora el ambiente que observa. Es una estética en la que predominan los tonos oscuros (“la sombra”, “fondo oscuro”, el negro de Antonia y el perro...), que alude a una atmósfera asfixiante. Estos rasgos apuntan a la influencia de las pinturas negras de Goya en la novela, en especial *Los caprichos*: caras deformadas y caricaturescas, seres grotescos y casi monstruosos. De hecho, el título de la novela puede ser una referencia a la desolación y la “Nada”, que da nombre a uno de los grabados de Goya.

Como predomina la descripción, abundan también los adjetivos, a menudo valorativos y antepuestos (“súbito temor”, “tímida llamada”, “infeliz viejecilla...”), así como los diminutivos con valor afectivo para referirse a la abuela (“viejecilla”, “abuelita”) y otros sufijos despectivos (“pardusca”).

La prosa es sencilla pero a la vez impregnada de lirismo y de figuras retóricas, como las comparaciones (“tenía la cara llena de concavidades, como una calavera”), las hipérbolas (“nunca otra criatura me ha producido una impresión más desagradable”), la personificación (“el perro bostezaba”). Las frases descriptivas son largas y destacan por el ritmo lento.

A pesar de que predomina el lirismo, también se advierten oraciones y giros coloquiales (“vaya un plantón”, “hija”...)

### **Significación, trascendencia e importancia de Carmen Laforet y de Nada**

Tras su publicación, como ya hemos señalado, Nada tuvo un gran éxito, y aparecieron numerosas reseñas elogiosas sobre la novela en la prensa. En las décadas posteriores numerosos estudiosos e hispanistas analizaron distintos aspectos de la novela

Carmen Laforet, la mujer frágil, tímida y huidiza que a veces se confunde con la protagonista de su novela Nada, supo conquistar un puesto destacado junto a escritores de su generación como Camilo José Cela, Antonio Buero Vallejo o Miguel Delibes, que afirma sobre la autora y la novela: “es la mujer nueva cuando apenas había mujeres en la literatura”, “Nada es pesimista, pero no desesperanzada”, su principal mérito consiste en “incorporar el lector a la creación... es quizá el primer chispazo de renovación formal ofrecido por la novela española”. Según su hijo Agustín Cerezales, “hay en su prosa algo limpio y poderoso... vida y obra se funden en una misma y constante elegancia, pureza y poesía”. Por su parte, Fernando Valls destaca que “no olvidaremos la constante perplejidad que muestra la voz narradora, la extraña casa de la calle de Aribau, ni la capacidad de sorpresa de esa chica rara”.

Carmen Laforet, junto con las escritoras Ana María Matute, Carmen Martín Gaité y Josefina Aldecoa fueron algunos de los pocos nombres femeninos que desafiaron el oscuro papel reservado a la mujer en la posguerra española.





